

ACHICANDO EN LA SENTINA

José Luis R. Maglione

15.10.20

Las tristes, si no lúgubres, contradicciones del primer mandatario, esas que se difunden una y otra vez en tantos videos por todos vistos que no dejan olvidarlas, que alarman como indicios convincentes de insania, o de una amoralidad maléfica, lleva a pensar que la Argentina podrá dejar de ser el país de nuestros padres: el querido país de nuestros queridos padres, de nuestros padres y otros dignísimos ancestros que desde su esperada resurrección por la cual rogamos tendrán hoy la triste videncia de manos metidas con displicencia en los bolsillos cuando debieran haber empuñado la pluma, el gesto y ese voto que no permite desvaríos; de voces enmudecidas que debieran reclamar despavoridas la restitución inmediata de la democracia, esa que en el proceso de desnaturalización que produce el populismo perderíamos junto a la última esperanza.

Es tan grande la estatura de la infamia en el poder que los funcionales energúmenos ni siquiera disimulan el propósito sino que lo blanden en desafío. Su desparpajo pretende vernos rendidos sin siquiera responder el fuego, cuando propalan sin reserva que “vienen por todo”, que “nivelarán hacia abajo”, que “sólo tiene valor la oportunidad y no el mérito”; convencidos de nuestro destino de gorjear exhibidos en la jaula con los ojos ya quemados, para agradecer en el extravío que provoca la desnutrición moral que planean infligirnos, la limosna de unos pocos granos de alpiste que perpetuaría su regodeo sádico. Por el momento seguimos chapoteando en la cubeta de agua cada vez más sucia, como canarios de criadero que rehúsan la libertad por no ver en ella nada más que una amenaza, privados de la bendición que sobreviene de gobernar las propias emociones en el intento de merecerla.

Sin embargo, por fuera de los barrotes, trasponiendo apenas las puertas de la jaula, con la que el pretendido amo nos insulta dejándola abierta para reducirnos al convencimiento de no tener más que una cobardía emplumada; sin adentrarse mucho en la fronda circundante, la justificación de elegir la libertad está a la vista y disponible a condición de una mínima pureza de corazón.

El secreto filosofal, aquél reservado solamente a la videncia de las personas simples que honran la tradición que hizo grande al país y tienen el deseo ferviente de progresar en libertad, ese que tiene el poder de transformar la decadencia de la Argentina en el futuro de un protagonismo merecido, cabe expresar sin pérdida de significación en una receta económica, pedestre pero

ligada inequívocamente a precisas posturas filosóficas y culturales. Todo el secreto cabe en muy pocos preceptos: superávit comercial, superávit fiscal que lo iguale o supere; y también la concesión de algunas restricciones cuantitativas al ingreso de capitales financieros que den certidumbre prudencial a la posibilidad de retirarlos sin estremecimientos sociales insostenibles (aún sin considerar la renovación de vencimientos ni la estimación de ingresos compensatorios); en previsión de operaciones adversariales dirigidas a afectar el equilibrio macroeconómico. Tales concesiones a la práctica sobre la teoría son de admitir considerando al país como una economía pequeña, y ante la necesidad de no quedar sin respuesta frente a operaciones que indirectamente conmuevan la sostenibilidad social. Entre otras razones porque el hemisferio norte no deja de proteger nuestros recursos naturales del uso que le podamos dar (!), porque destinarlos a nuestro propio desarrollo rivalizaría con la satisfacción de sus requerimientos proyectados a 50 ó 100 años.

Se dirá _”¿Acaso es tan difícil de entender a estas condiciones como inseparables de la estabilidad monetaria y la sostenibilidad social?”. A lo que podría contestarse que en verdad no habría dificultad en entenderlas de ese modo, pero sí en gestionar el descontento de los sectores nacidos del privilegio cuando deban desaparecer como receptores de transferencias de recursos públicos sin contraprestación, para lo cual hay que llegar a políticas de Estado que morigeren la magnitud de ese problema anunciado.

El atractivo diagnóstico de Ayn Rand, conocido por todos, sin mencionarlo condena a nuestro país al fracaso, alegando que ello es inevitable “cuando la honradez ya se convirtió en un sacrificio y la corrupción en recompensa”. Pero, admirador de su producción, persevero en pensar que aún no arribó al punto del que no se regresa. Pero sí reconozco que Argentina se adentró temerariamente en el campo de la ineficiencia, al que le es imposible abandonar atenazada por los intereses creados, y los efectos exagerados nacidos de la ambición de incapaces resentidos que vieron la forma de colarse en triunfos electorales sin saber qué hacer con ellos que no fuera ejercitar sus perversiones. Y seguirá siéndole imposible de salir del atolladero mientras la corrupción de mandatarios y representantes se constituya en uno de esos sectores necesarios de erradicar para eliminar el antiguo ciclo de crisis y recuperación que nos agobia y confunde desde hace tanto tiempo. Desde el sector público la corrupción tiene además el efecto perverso de volver ineficiente a sectores que sin su asedio serían eficientes, para dejarlos supeditados a los favores salvadores del Estado corrompido.

De todas formas, debería convenirse que aquella receta filosófica seguirá siendo la única salida a la declinación nacional que ya amenaza con desaparecer a este país que fue heroico y estuvo entre los primeros del mundo; y que de otra

manera podría subsistir pero al costo de crueles enfrentamiento intestinos que una vez concluidos lo dejarán con menos expectativas aún de las que hoy presume. No queda otra que imponerla como política de Estado; junto a la concertación capaz de preservar su vigencia ininterrumpida, que le abra paso a través de la presión de los sectores ineficientes que desesperen por seguir gozando de los privilegios que le permitieran subsistir por tantos años. Ahora bien, esta rectificación que entraría en la Historia grande de nuestro país no sería posible sin un irreversible compromiso de expresiones políticas importantes, que aseguren total intransigencia: el cumplimiento del compromiso filosofal habrá de permanecer impertérrito por -dígase- sesenta años ante presiones de cualquier tipo, procedencia y magnitud.

Es posible que esta sea la posibilidad de hacerlo (tal vez la última). Porque hasta los que aún hoy pretendan medrar con la vergonzosa decadencia nacional, en algún punto de su malicioso asedio advertirán que las ganancias de la infamia no son seguras (y que tal vez ni existan), que ya hechas las promesas, la traición de los que las hiciesen hará que se la lleve el viento.

Estoy convencido que todos, naturales y felones (menos algunos pocos, irredimibles, que ya entregaron sus almas al diablo) percibimos en estos días el estremecimiento de estar sobrevolando el nido del cuco, que en analogía adaptada a nuestro título se ubica en el fondo oscuro del proceloso mar de la ambición, el resentimiento y la defección, mientras retiramos el agua hedionda de la sentina, forzando un achique tal vez suficiente para sellar el rumbo más peligroso; a un tris del abatimiento de la nave que representa al país.

Aquellos que se tiene como irredimibles están en busca de burlar procesos judiciales en trámite, de los que evidentemente creen que saldrán mal parados; constituyen un núcleo duro cristalizado en la desesperada pretensión de hacerse de un Poder Hegemónico que por definición rehusaría acordar salvaguardas republicanas (se entiende por qué), y aún preceptos técnicos que todos tienen como de buena praxis (así, el ministro de economía llega al cinismo de simular extrañeza preguntándose ante las cámaras _"¿Por qué deberíamos bajar el gasto público?", luego de haber emitido en 9 meses un billón y medio de pesos, sin aclarar si se refería a valores nominales o reales, provocando el escándalo). En esa situación y con esa actitud, no debe extrañar que declinen o rompan todas las alianzas que se reputen prudentes, con el propósito ya inocultable de arrebatarse la posición de autoridad (en vez de solicitarla) que en el ideario social aún se asocia a la virtud republicana como requisito esencial de la democracia; ni que muestren interés en recibir apoyo de las propias fuerzas armadas, como es común que aprecien los tiranos (¿de quién esperan recibirlo?). Bajo la de Damocles, pendiente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) en el fallo que se espera en estos días, tal vez

el más importante de la Historia Nacional, mirando el horizonte con la ilusión de ver aparecer a quien salve a la república, no será que esta vez le toca estar al ciudadano común?.

Mientras tanto hilvanamos pensamientos, esos nefastos conciudadanos atrapados en profundas perversiones que los lleva a declararse en guerra contra la sociedad, se precaven de la posibilidad de un fallo de la CSJN en trámite que los deje librados al progreso de sus múltiples procesamientos. Habiendo arrastrado a sus seguidores a una situación desesperada, habiéndolos introducido en terreno judicial, comenzará ahora a clavar sus pendones en el "suelo mortal" de las movilizaciones sin distraerse más evaluando posibilidades de demostrar inocencias, para aprestarse a soltar llegado el caso el disparador que iniciará la refriega final hasta agotar la capacidad de sus fuerzas y las que comprometan sus ocultos aliados; expresado en términos de tácticas militares. En esos mismos términos resulta interesante preguntarse cuál sería la decisión del conductor que estuviese al frente de la oposición: ordenaría a las fuerzas que mantienen el cerco dejar brechas en lugares precisos para que ciertos efectivos hoy cercados abandonen sus deseos de luchar hasta la muerte, y aún deserten; y que se apoderen de algo clave en lo que los que los nefastos basan sus chances de ganar.

De la acertada percepción real de ese planteo hermético dependerá en gran medida la victoria de uno u otro contendor. No es del caso anticiparla, pero vaya un botón de muestra: un fallo de la CSJN que haga nulos los procesamientos en cuestión, si bien deseable por muchos que se presume implicados, no convendría a la conducción de la ex presidente, entre otras cosas por el desgranamiento que pudiera sufrir su estructura de cuadros, elementos subalternos, y auxiliares operativos. Más bien le convendría que la SCJN se expida muy cerca o luego de los comicios. ¿Será así?. Esto prueba que el estratega ve de otra forma la realidad, que usa cristales sorprendentes.

Misterioso el destino del argentino que agradece la historia gloriosa que alumbró el nacimiento de su patria, y al mismo tiempo padece la patética defección de coetáneos enfermos de una adolescencia afectada de ilusiones malsanas que se les hizo crónica, y de la cual hasta hoy no han podido librarse. Es posible comprender que con proyecciones de ocasión sobre contemporáneos inocentes vuelquen las culpas que no pueden admitir sin brotarles dolores y miedos insoportables para su lucidez y autoestima.

Hay poco espacio para calificar predicciones a favor de uno u otro. Hasta la más amplia negociación que logre concertarse huele a fracaso. En efecto, deplorarían resultar condenados, confesar, devolver, y verse reclusos hasta la

amnistía; y a otros escandalizaría disminuir la pena a corruptos que han desafiado con altivez a la sociedad. No habría que esperar mucho tiempo para lamentar la desestabilización de la frágil entente. Queda en lo inmediato navegar nomás sobre el nido del cuco, con motores silenciados tal vez, y ciertamente achicando con cuidado la sentina.

Para que el largo plazo sea también materia del planeamiento, no estaría de más recordar a los inversores argentinos en el exterior, con sus capitales ya blanqueados, que la estabilidad económica y la sostenibilidad social del próximo intento de transformación para eludir la repetición cíclica de esas experiencias, dependerá del ingreso a la Argentina de sus capitales a invertir en la producción real, y no a la inversa: no tendría lógica proponer que su ingreso deba esperar evidencias de haberse alcanzado sin ellos una gestión macroeconómica estable y sostenible. Al fin y al cabo el mundo desarrollado demandará mucho más cada vez de los recursos naturales de su territorio, y en este orden de cosas “el cartero podría no llamar 3 veces”: con su macroeconomía saneada, la Argentina se constituirá en una brillante oportunidad de inversión que portfolios globales no dejarán de ponderar.

La adopción decidida de lo que con amenidad llamamos “Secreto Filosofal”, y el ingreso oportuno de capitales argentinos en el exterior (queriendo decir con oportuno, “en ocasión de fortalecer la gestión de una expresión política coherente”) terminará definitivamente con la raíz del mal, el populismo: porque es imposible que él exista cuando el rendimiento del trabajo individual del asalariado permite una subsistencia digna, y el acceso a la propiedad de vivienda y comodidades adicionales, con recursos propios; rendimiento que seguramente se alcanzará de esa manera.

En este contexto, los empresarios siempre tendrán presente que en su benemérito quehacer la idea bienaventurada en el largo plazo es la eficiencia, que los privilegios son efímeros, y que el mejor reaseguro será flotar en el mercado con gallardía meritocrática.